

## EDITORIAL

### En vísperas del quinto centenario

El quinto centenario de la llegada de los europeos al mundo americano ha provocado reacciones polarizadas en los países relacionados de algún modo con el magno acontecimiento, lo que equivale a decir que la polémica concierne, de una manera u otra, a prácticamente todo el hemisferio occidental. Puerto Rico ha respondido oficialmente con un exuberante entusiasmo festivo que se ha volcado en una sola dirección: la celebración que exalta, en forma acrítica e indiscriminada, la conquista y aculturación hispánica del mundo americano. En dicha celebración se omiten los costos humanos y culturales de esa conquista para las civilizaciones -algunas milenarias- y pueblos que habitaban en estas tierras y para los africanos víctimas de la ominosa esclavitud. Se silencian también los largos siglos de dominio opresivo, de militarización, de arbitrariedad para la sociedad criolla. Arcadio Díaz-Quiñones la bautizó atinadamente como la política del olvido.

La celebración oficial -aún dentro de la hipérbole hispanófila que la caracteriza- no tendría consecuencias mayores que las de la fuga de unos dineros dignos de mejor uso y el eco fácilmente olvidable de la retórica hueca de los oradores de ocasión, si no fuera acompañada por el silencio cómplice que la rodea. En el ramo historiográfico parecen aceptarse pasivamente las versiones consagradas en aras de defender "nuestras raíces culturales" que -claro está- son las hispánicas aunque aquí y allá se hagan concesiones menores a las aportaciones indígenas y africanas. En una circunstancia oportuna para el debate intelectual -originado de tesis innovadoras y hallazgos enriquecedores del saber histórico- se aprecia una actitud pasiva o un cierto desentendimiento de lo que sucede, atrincherado cada quien en el microcosmos de su investigación particular y,

acaso, en la aparente desvinculación de ciertos temas con los resabios de la conquista, la colonización o el ejercicio del poder.

Nos hemos preguntado muchas veces a qué obedece esta lacónica actitud. ¿Indiferencia?. ¿Cinismo? ¿Sentido de impotencia? ¿Desmoralización? Lo cierto es que le hemos dejado el campo a la vacuidad discursiva de los políticos. Sin embargo, la coyuntura es propicia para traer a la palestra asuntos irresolutos en la historiografía puertorriqueña. Algunos de ellos son de absoluta vigencia. Tomemos, por ejemplo, los problemas que plantea el trasiego migratorio entre la Isla y los Estados Unidos y su vínculo con las definiciones de nuestra identidad nacional.

Actualmente habitan en el Norte aproximadamente dos millones de puertorriqueños a los que los políticos del patio niegan, cuando así conviene a sus intereses partidistas, la condición de puertorriqueños. Ante la posibilidad de la celebración de un plebiscito para decidir el destino político insular, y a pesar de que la decisión podría conllevar unos cambios en la ciudadanía, los tres partidos locales coincidieron en negar la participación de los boricuas radicados en los Estados Unidos. Para fines prácticos, se les considera extraños sin derecho a que su opinión cuente en los asuntos nacionales de mayor trascendencia. El por qué de esta situación exige mucho más que el breve planteamiento a que nos limitan las cortas líneas de un editorial. Pero entre las preguntas obligadas hay que indagar, de una parte, el peso que en esta actitud han tenido las características socio-económicas y raciales predominantes entre los migrantes. De otra, el callado temor a que la posición política de estos grupos pueda inclinarse del lado asimilista. En el clima hispanófilo moldeado al calor del quinto centenario, es más conveniente considerarlos primos lejanos que hermanos: hablan predominantemente inglés, pertenecen a las "minorías" latinoamericanas, viven en "ghettos"... Las luchas de los puertorriqueños en las grandes urbes norteamericanas se miran a la distancia como si de otro pueblo se tratara. No debe extrañar entonces que la reciente ley que declara el español como la única lengua oficial de Puerto Rico se aprobara ignorando olímpicamente que un número considerable del pueblo

puertorriqueño tiene el inglés como primer idioma sin perder por eso su identidad puertorriqueña. Claro está, esa ley no abarca a los puertorriqueños que integran el mimado equipo nacional de baloncesto que tanto orgullo despierta a pesar de que muchos de sus estelares se han criado en los Estados Unidos y se comunican con mayor comodidad y holgura en inglés. A la hora de defender los colores patrios en tierras extrañas todos son puertorriqueños independientemente del idioma en que se expresen. Esta contradicción, por frívola que pudiera parecer a algunos, surge de raíces complejas, nada fáciles de explicar. No obstante, sugiere de inmediato la necesidad de redefinir las concepciones tradicionales de "lo puertorriqueño", asunto de difícil e intrincada precisión.

Tras los prejuicios sociales subyacentes en estas contradicciones, existe gran indiferencia y confusión de parte de la población insular. Estos temas apenas se tocan en los colegios y las universidades. En general se desarrollan pocos estudios sobre los movimientos migratorios en sus distintas épocas y el impacto de ese trasiego humano incesante que con tanta chispa bautizó Luis Rafael Sánchez como la guagua aérea. Como parte de esa búsqueda de certezas, presentamos en este número dos artículos sobre importantes repositorios documentales de la ciudad de Nueva York que custodian información extraordinaria sobre los puertorriqueños residentes en los Estados Unidos con la esperanza de que despierten el interés de los investigadores.

Otra área en agenda de investigación es la de nuestro siglo XVI, en particular el choque indígena-español y la constitución de la primera sociedad insular. Nació ésta de la superposición de un pueblo sobre otros dos pues no debe olvidarse la llegada forzada de los africanos, incorporados casi desde los albores de la conquista. A esa preocupación corresponde el artículo del profesor Francisco Moscoso incluido en estas páginas.

Por otro lado, las efemérides brindan también una oportunidad para repensar la historia de España que para Hispanoamérica es y seguirá siendo esencial. No se podrán explicar satisfactoriamente muchos de los aspectos medulares del desarrollo histórico hispanoamericano si no se conoce el de

su metrópoli. Así descubriremos una larga y compleja historia común de imposiciones, apropiaciones, y creaciones que va más allá de un mero calco del modelo metropolitano.

Celebremos el Quinto Centenario, pero con el compromiso saludable que crea el saber histórico depurado, a prudente distancia de nostalgias inauténticas que se alimentan del conocimiento defectuoso y que obedecen a fines conyunturales que hacen poco por develar el pasado real, tan indispensable para cimentar el futuro.